

tivos, lograron contenerlos, y poniéndose á la cabeza del cuerpo volvieron á la carga. En este acto, Salazar les dirigió la palabra: "soldados de la patria, les dijo, sólo á los cobardes se oculta el peligro, aquí teneis á los franceses. ¡Valientes hijos míos, á derrotarlos ó á morir." "Viva la República, contestaron los soldados, viva el general Salazar!"

"Entretanto, los franceses desembocaban en la plaza. Venían orgullosos y seguros del triunfo, batiendo sus tambores el toque de carga. Al mirar á los chinacos, á aquella turba de hombres desnudos, de tez bronceada y de ojos centelleantes por el valor y el patriotismo, los soldados extranjeros se quedaron atónitos.

"Rompen sin embargo el fuego de fusilería y se precipitan en columnas cerradas. Entonces, de enmedio del fragor de los disparos, se alza la voz de trueno de Salazar que manda al oficial de artillería

—Fuego, señor!

"El cañón escupe metralla, abriendo ancha calle en las filas de los zuavos.

"Se cierra de nuevo la columna, y otra vez se oye la voz de Salazar:

—Fuego, señor!

"Entonces los franceses, sin ocuparse de cerrar filas, se lanzan sobre los chinacos, haciendo un fuego nutrido en pelotones. Ignacio Pineda, con tres artilleros que le quedaban vivos, volvió á cargar la pieza. Los zuavos estaban encima, despidiendo una lluvia de balas. Salazar gritó:

—Fuego, fuego, señor!

"El cañón permaneció mudo. Salazar repitió la orden. Igual silencio. Entonces el general se acercó á la pieza: á sus pies yacían muertos los seis artilleros y herido el teniente Pineda. A diez pasos de distancia estaban ya los zuavos.

"Salazar, en sublime arranque, gritó de nuevo:

—Fuego, señor!"

"Y apoderándose del estopín, él mismo descargó la pieza, que vomitó un torrente de metralla, al propio tiempo que Villada, Jesús Ocampo y Vargas se empeñaban también en el combate al frente de sus soldados.

"De la reserva que mandaba Hipólito Ortiz se habían destinado algunos hombres que desde la torre hacían disparos certeros sobre el enemigo.

"Abajo, el fuego de fusilería era compacto, incesante, se oía como el rumor sordo de la tempestad. Los quinientos traidores que formaban parte de la columna enemiga, habían llegado por las calles laterales á participar de las postrimerías del combate y de la derrota. Aquella lucha se dilató por más de una hora en que la sangre corrió como agua. Yo no sé cómo no quedaron muertos todos los combatientes.

"Por la salida de Los Reyes, rumbo á Paracho, se veían los pelotones de zuavos y traidores que huían á la desbandada. En su alcance iban Espiridión Trejo y Agustín García. Se veían flotar las banderolas de sus lanzas.

"En el primer momento de la victoria, Salazar, al ver que el teniente Pineda recobraba el sentido, le dió la mano para que se incorporase y con voz emocionada exclamó:

—Levántese vd., señor capitán, para que vea correr á los primeros soldados del mundo.

Los toques de diana pueblan los aires; se oyen entusiastas vivas á la República, á Juárez y á Salazar. Es inmenso el regocijo de aquella fiesta de la patria en la que el humo se eleva al cielo, desprendido del campo de batalla, como el incienso de la victoria."

El jefe que mandaba á los zuavos era el capitán Vanderback, que ya herido, fué hecho prisionero, juntamente con el sargento Lesuerier, el cabo Rouchon y tres soldados del mismo regimiento de zuavos; también quedaron en poder de nuestras tropas el teniente coronel Gabriel Padilla, jefe de los imperialistas mexicanos, un sargento y doce individuos de tropa de los traidores, y entre franceses y traidores, tuvieron cuarenta y un muertos. En el parte rendido por el general Salazar, cuyo documento está de acuerdo con la narración hecha aquí, se afirma que entre las mochilas de los zuavos se hallaron algunas medallas de Magenta, Solferino y Montebello. Al levantarse el campo, las fuerzas republicanas recogie-

ron carabinas, fusiles, marrazos, bayonetas, cajones de parque, mochilas y prendas de vestuario.

De la fuerza de Salazar, murieron los tenientes Estrada y Elizarrarás, dos sargentos, un cabo y veinte soldados.

En la noche, el jefe imperialista Padilla, entregó la caja con los fondos que traía de Zamora para los haberes de su fuerza, motivo por el cual Salazar mandó ponerlo en libertad.

Al expirar la tarde, avisaron al general que un soldado francés acababa de presentarse espontáneamente como prisionero. Llevado á la presencia de Salazar, le preguntó el motivo de su proceder. El zuavo, soldado de primera clase, respondió que era asistente del capitán Vanderback y que venía á constituirse prisionero para tener ocasión de prestar sus servicios á su jefe. Salazar elogió su fidelidad y le dijo que con calidad de libre, podía permanecer al lado de su capitán. Algunos días después, incorporados los prisioneros franceses á una columna de los suyos, aquel generoso soldado fué ascendido á cabo en el mismo pueblo de los Reyes y, cuentan algunos vecinos que lo vieron, que fué tal el gusto que le causó el ascenso, que en ese día quedó casi agotada en las tiendas *l'eau de vie*, consumida por él y sus camaradas los otros cabos.

Después del triunfo, en el cuartel de Villada, se oían gritos lastimeros. El oficial de guardia dió parte al jefe del cuerpo de que uno de los soldados franceses prisioneros, tenía una herida espantosa en una pierna y pedía á grandes voces que lo acabaran de matar. Villada examinó al paciente y observó en efecto que tenía la extremidad de la pierna convertida en una masa informe: fué en busca del teniente coronel José Dolores Vargas, que poseía conocimientos de medicina, y lo invitó á que hiciera la amputación. En un momento se proveyó Vargas de un cuchillo de matancero y de una mala sierra, y teniendo por ayudante á Villada, el Doctor hizo sin piedad una verdadera mutilación; en vez de cloroformo, que no lo había, se aprovecharon los operantes de un desmayo del paciente. El zuavo fué abandonado en Los Reyes cuando nuestras tropas, al día siguiente, emprendieron la marcha. Andando el tiempo, Villada recibió una car-

ta escrita en México y firmada por un tal Rousseau, en que de la manera más expresiva se le daban las gracias por la feliz operación, que había proporcionado al suscrito la dicha de recibir durante su vida una pensión de inválido, pudiendo disfrutarla en el seno de su familia.

Ya entrada la noche de aquel mismo día, había en los portales de la plaza de Los Reyes una profusión de luces. Las soldaderas habían comprado ó sacado de las tiendas cuantas velas de cera encontraron y las habían encendido junto á los cadáveres de los republicanos, recogidos y colocados en fila en aquel lugar. Era el duelo que á nombre de la patria tributaban aquellas abnegadas mujeres á los héroes de la libertad.

La división de Salazar abandonó á Los Reyes el día 21 dirigiéndose á Apatzingán. Desde esta última población este jefe envió á los tenientes coroneles José Vicente Villada y Espiridión Trejo á que llevaran al general Arteaga el parte de la batalla de Los Reyes y la sumisión de las tropas vencedoras al Cuartel General del Ejército del Centro.

De esta manera concluyó la rebelión de Salazar. En cuanto á D. Blas José Gutiérrez, instigador y mal consejero de aquel jefe, desapareció de la escena y nadie volvió á verlo en Michoacán.

No quiero concluir esta parte de mi relato sin dejar consignado que, deseando Salazar verificar un canje con los franceses que traía prisioneros, los dejó en Tancitaro, bajo palabra de honor, y con el compromiso que espontáneamente contrajeron de procurar ellos mismos la negociación. Al efecto firmaron una acta, protestando en toda forma no violarla y ofreciendo que el Sr. general barón Neigre la apoyaría por ser conforme á los derechos de la guerra. Pues bien, tan luego como se vieron solos los prisioneros, se fugaron rumbo á Los Reyes, incorporándose á una columna del ejército invasor que acababa de ocupar aquella plaza.

Por Zitacuaro, desde la captura de Romero, había cambiado la situación. Los franceses y traidores, en número considerable, ocupaban aquella ciudad y las poblaciones y haciendas cercanas, como Jungapeo, Tuxpan, Trojes, La Encarnación

y La Florida, y hacían frecuentes excursiones por el rumbo de Laureles. Ya dije al principio de este capítulo que incendiaron algunos pueblos de indios, y agregaré ahora que habiendo aprehendido á los alcaldes de San Mateo y San Bartolo, los fusilaron con el pretexto de que no entregaban las armas. De Potier impuso á los vecinos de aquéllos pueblos fuertes multas, logrando recabar la suma de veintitres mil pesos, y creyendo que la campaña de México era como la que con tanta barbarie hacían sus paisanos en Africa, se llevó todo el ganado que desde Laureles hasta Tuxpan pudo recoger.

De nuestra parte no quedaban en aquel rumbo más que los restos de las partidas que mandaban D. Esteban Leon, Agustín Granda y Carlos Castillo, rodeados de enemigos y por lo tanto en constante alarma.

Las autoridades legítimas de Zitácuaro se habían retirado á Tuzantla. Después de la muerte de Crescencio Morales, el gobierno había nombrado prefecto de aquel Departamento á Donaciano Ojeda, á quien también perdimos en Guanoro. Sustituyó á Ojeda Darío Alzati. Este y sus dos hermanos, José María, que era el mayor y Marcos, el más joven, eran batalladores incansables, patriotas como el que más y adheridos á Riva Palacio por una amistad sincera. En el mes de Febrero se situaron en Tuzantla, allí reorganizaban la guardia nacional de infantería y caballería de Zitácuaro, y á tan corta distancia del enemigo, influían en la moral de aquellos pueblos manteniendo viva la chispa del patriotismo. Además, colocados en aquel lugar, eran como la avanzada del Ejército del Centro. Con los Alzati estaban los hermanos Arias, los Coutos y muchos otros vecinos de la heroica ciudad, prontos á recobrarla, cuando disminuyera el cuantioso efectivo de los invasores.

El general Riva Palacio, tanto por el afecto que profesaba á Zitácuaro, cuanto por cambiar allí la faz de la situación, escribió al general D. Diego Alvarez, indicándole la conveniencia de que algunas de sus fuerzas pasaran á Michoacán á auxiliar á las del Estado, siquiera fuese en una campaña rápida. Aquel general, jefe de la División del Sur, en carta

que tengo á la vista, contestó que no le era posible disponer de la brigada que mandaba el general Pinzón, única con que contaba para disputar al enemigo el paso del Mescala, en caso dado, y que el resto de las fuerzas se ocupaba en cuidar las costas y la frontera de Guerrero con Puebla. Por esto verán los historiadores imperialistas que los republicanos de Michoacán no llegaron á contar nunca más que con sus propios esfuerzos para hacer la campaña.

Por aquellos días, el general Canto, nombrado Gobernador y Comandante Militar de Guanajuato, no pudiendo penetrar al Estado de su mando, se había refugiado en Zitácuaro. Dicho jefe no contaba con un solo soldado; pero en cambio traía un numeroso personal en su Estado Mayor. Difícil y peligrosa era su permanencia en aquella zona, por lo que trataba de buscar refugio en otras partes, y atravesando por entre las columnas enemigas, se dirigió á Coeneo á fin de colocarse bajo la protección de los coroneles Garnica y Ronda: allí podía esperar más fácilmente la oportunidad de ponerse de acuerdo con los pocos guerrilleros que había en Guanajuato.

Garnica, con su cuerpo "Lanceros de la Libertad" que servía de centro á varias guerrillas, había permanecido expedicionando en la zona que se extiende entre Pátzcuaro, Quiroga, Coeneo, Puruándiro, Zacapu, Purépero y Paracho, en el corazón del Estado, sosteniendo algunas pequeñas acciones con los imperialistas, verdaderos tiroteos, que por no ser de importancia no creo necesario consignar, así como por la misma razón he omitido y omitiré otros muchos que en distintas veces se verificaron en aquella campaña.

En la gran batida que las columnas francesas y aliadas hicieron en Michoacán en la época á que me vengo refiriendo, Garnica sufrió una obstinada persecución, por lo que el 15 de Febrero se dirigió á la Tierra Caliente, rumbo á Apatzingán. En la hacienda del Pílon se encontró con el general Salazar, y sabiendo por éste que venía resuelto á librar batalla á la primera fuerza enemiga que encontrara, se le incor-

poró, cubriendo la retaguardia de la División, hasta que, llegando á Los Reyes, recibió orden de retirarse á Peribán en observación de las fuerzas que pudieran salir de Uruapan. Por esta circunstancia no concurrió á la jornada de Los Reyes, pero por orden de Salazar emprendió la persecución á los restos de la columna enemiga, marchando en consecuencia con toda rapidez por el camino de Paracho. Ya no le fué posible alcanzarlos, porque habían ganado terreno é iban en completa dispersión, sabiendo después por sus espías que á Morelia no llegaron más que sesenta zuavos.

En seguida se le mandó por el mismo general Salazar que volviera á situarse en su línea en espera de órdenes del Cuartel General, cosa que verificó, no obstante estar cubiertas con guarniciones del imperio todas las poblaciones y hasta lugares insignificantes como Tecacho, Huaniqueo y Zipimeo. Expedicionó los primeros días de montaña en montaña, tocando uno que otro rancho. Pocos días antes de su expedición á la Tierra Caliente se le habían presentado el general Canto y sus ayudantes, quienes no acostumbrados á aquella vida, un día que por haber gastado dicho general mucho tiempo en su *tocador*, salió con su comitiva un poco más tarde que la tropa, al tratar de seguirla, extraviaron el camino y llegaron á las inmediaciones de Coeneo, en donde fueron sorprendidos y hechos prisioneros por una columna de franceses y la fuerza del jefe imperialista Luis Avalos. Acompañaban al general Canto los coroneles Joaquín Zubeldía y Albino Vidal, los tenientes coroneles José María Callejo y Juan García, los comandantes Espiridión Espinosa y José María Méndez Cuevas, y los oficiales Maldonado, Linares, Balcázar, Hernández, Rodríguez, Cárdenas y Macías. Los chinacos, refiriéndose á la torpeza de Canto y los suyos, cuya consecuencia fué su captura, llamaron en lo sucesivo á aquel general "El niño perdido."

Deseoso Garnica de ir reconquistando su línea, atacó la madrugada del día 27 á Coeneo, en donde había una guarnición de doscientos cincuenta hombres. Dió un asalto brusco, y después de media hora de un fuego vivísimo logró tomar la plaza. Con excepción de dos capitanes que quedaron

prisioneros, todos los demás oficiales y la mayor parte de los soldados imperialistas fueron muertos en el ataque. Se salvaron setenta y cinco individuos de la clase de tropa, ocultos en las casas y en una barranca, contigua á la población, los cuales después se presentaron á Ronda. Aquella fuerza imperialista quedó totalmente destruída, y la republicana vencedora recogió todo el armamento y el parque. En el mismo día Garnica marchó sobre Tecacho, pero al llegar había huido ya la guarnición. Así fué recobrando su línea, que era un importante punto de apoyo en las operaciones militares de los republicanos.

"Era práctica invariable de los imperiales, franceses ó mexicanos, la de pasar por las armas á todos los jefes republicanos que hacían prisioneros: esta suerte esperaba á Canto y á sus ayudantes; pero al saber el prefecto político de Michoacán, D. Antonio del Moral, la aprehensión de los expresados jefes, dominado por sus sentimientos de humanidad, se dirigió á la casa en que vivía el general francés, barón Neigre, con objeto de salvarles de la muerte. Habiéndolo hallado en ella, le habló con el acento del hombre que tiene la conciencia de cumplir con una misión noble, en favor de los prisioneros: le informó confidencial y muy reservadamente, del verdadero carácter con que los jefes aprehendidos habían andado en la revolución; le marcó la diferencia que existía entre ellos y los puramente malhechores; le demostró la conveniencia de conservarlos; rogó, suplicó, se esforzó en alcanzar su humanitario objeto, y empleó todas sus razones para conseguirlo. El general barón Neigre, que conocía la nobleza de carácter del digno prefecto y que abrigaba la convicción de que sólo guiado de su firme amor á la verdad y á la justicia podía haberse resuelto á suplicar en favor de los presos, le manifestó que quedaba obsequiado su deseo. El general francés había escrito y firmado ya la orden de muerte contra los prisioneros, y esa orden debía ser ejecutada por el jefe que estaba en la población en que se hallaban aquéllos. El paso dado por el prefecto detuvo el terrible golpe. El general barón Neigre revocó inmediatamente la orden de muerte y dispuso que los prisioneros fuesen conducidos á Morelia,

prometiéndole á D. Antonio del Moral que allí permanecerían hasta que el gobierno ordenase lo conveniente, atentas todas las circunstancias que se pondrían en su conocimiento.”¹

“Pero no fué éste el solo servicio prestado á la humanidad por D. Antonio del Moral.—Estando el coronel francés Duprey en Tacámbaro, redujo á prisión á dos extranjeros llamados Coiffier y Jeannotard, acusados de estar en inteligencia con los republicanos y de haber cooperado directamente á la desertión de dos soldados franceses.—En consecuencia de esto fueron conducidos á Morelia y puestos en el convento del Carmen.² La muerte les esperaba en el breve plazo de tres días. El prefecto D. Antonio del Moral logró que á sus instancias y emitiendo su opinión, se le diese al negocio otro giro que, en su concepto, correspondía que se diese en justicia. La inocencia de los acusados llegó á ponerse en claro, y reconocida por las autoridades francesas, los presos fueron puestos inmediatamente en libertad.”

Los dos párrafos anteriores pertenecen á la Historia de México por Zamacois, y los he copiado por ser un relato fiel: agregaré que Canto y sus compañeros quedaron en la cárcel de Morelia hasta que los libertó el canje celebrado entre el general Riva Palacio y el Mariscal Bazaine.

Así acabó el mes de Febrero de aquel año, pudiendo decirse que Michoacán estaba en plena conflagración. Refiriéndose á esta época dice Mr. Niox en su obra “Expédition du Mexique:” “Como lo hemos dicho, la pacificación del Estado de Michoacán ofrecía dificultades que le eran especiales, por consecuencia de la configuración del país y de la posibilidad por parte de las guerrillas de abastecerse de víveres y de reorganizarse en el valle del río de las Balsas.” Ya los lectores saben que esto último no es cierto; decíanlo los imperialistas para disculpar su impotencia de aniquilar á los republicanos.

¹ Como Avalos mismo fué quien condujo á Morelia á los presos, no se halló al frente de su fuerza en el ataque que ésta sufrió en Coeneo.

² En la plazuela del Carmen de Morelia era donde se fusilaba á los republicanos que caían en poder del imperio. Incontables fueron las víctimas.

CAPÍTULO XXIII.

(1865)

Leon Ugalde y su guerrilla.—Derrota de la guarnición de Zitácuaro.—Derrota de los republicanos.—Fusilamiento del coronel Juan Valencia.—Política del general Riva Palacio.—Toma á Zitácuaro.—Ataque y ocupación de Quiroga por el general Pueblita.—Multa impuesta al vecindario por el comandante francés.—Derrota del jefe republicano Vargas.—Pueblita triunfa de Isassi.—Destierro de las familias de Quiroga.—Diez onzas de oro.—Ley sobre división territorial del imperio.—Fraccionamiento de Michoacán.—Las fuerzas francesas se retiran de Michoacán.—Segunda renuncia del prefecto del Moral.—Remoción de los jueces de Morelia y protesta del prefecto contra esta disposición.—Combate entre dos fuerzas imperialistas.

Al comenzar el mes de Marzo, las guerrillas de Zitácuaro, á iniciativa del coronel José María Alzati, Prefecto interino del departamento, unían sus esfuerzos, á fin de dar un golpe seguro á los imperialistas. Tocó esta fortuna á León Ugalde; pero antes de referir el hecho de armas, diré dos palabras acerca de ese jefe.

Procedente del Estado de Querétaro, de donde era nativo, llegó á Zitácuaro, buscando un refugio contra la persecución de que fué objeto en sus propios terrenos. Ugalde traía una tropa muy desmoralizada, una verdadera chusma de bandidos que comenzaron á cometer toda clase de tropelías en la región en que se les recibía con franca hospitalidad y con el deseo de tener un contingente más para luchar contra los invasores. Por más advertencias que se hicieron á Ugalde, sus soldados no cesaban de robar y de cometer otros actos que tenían indignadas á las familias. Entonces, el general Riva